



JOSE PALACIOS

POR ESOS MONTES

POR ESOS MONTES



José Palacios 2025
Ediciones Perdidas
Asociación Cultural Libros de Arena
Retamar - Almería
www.librosdearena.es

POR ESOS MONTES

De Bullas a Beas de Segura
Camino de San Juan de la Cruz

José Palacios



Ediciones Perdidas

*...iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.*

Cántico espiritual
San Juan de la Cruz

Excusatio non petita

Durante 9 días, entre el 25 de septiembre y el 2 de octubre de 2024 caminé unos 200 km, desde Bullas hasta Caravaca por la Vía Verde del Noroeste, y desde allí hasta Beas de Segura por el Camino de San Juan de la Cruz.

Algo peculiar del camino es que no lo hice pensando en contarlo, escribirlo ni fotografiarlo. En ningún momento, mientras lo preparaba, pensé en ello. Era un camino en solitario y, ya antes de empezar, sabía que habría cosas que no podría contar. Quería vivir la experiencia con naturalidad y que mi memoria conservase lo que considerase digno de recordar. De hecho, dejé el cuaderno de notas en casa, pensando que sería un peso inútil, como lo había sido en otras ocasiones en que había vuelto tan en blanco como había entrado en la mochila.

Solo al final del viaje, ya en el autobús de vuelta a casa, pensando en las vivencias de esos días y en lo lábil que es la memoria, me di cuenta de que quizás merecería la pena escribir un diario del camino. Para no olvidar y, quizás, para entender mejor las experiencias de mi caminata en solitario.

Mientras caminaba, dejé dejé fluir los días sin pensar en las palabras, sin intentar verbalizar lo que iba ocurriendo. No nombrar las cosas hacía que me resultasen algo irreales, pero no importaba, vivía el momento. No pensaba en cómo contaría lo que estaba viviendo, ni tan siquiera que llegaría a hacerlo. Incluso ahora se me hace un poco extraño.

En el viaje de vuelta, quizás por el aburrimiento de los autobuses y las esperas, pensé que debía poner un cierto orden en los recuerdos. Quizá la mejor manera de terminar el camino sería volver a recorrerlo con la memoria, recorriendo de nuevo los montes y senderos, *los bosques y espesuras*. Contando mis experiencias y mis sensaciones,

contándomelas a mí mismo, les podría dar una cierta coherencia y, quién sabe, algo de aroma y sabor. Ya que no había hecho casi fotos, quizá debía sumergir mis recuerdos en liquido revelador, como se hacía con las viejas fotografías, para que surgieran imágenes nítidas, fijadas en algo concreto. Aunque me temía que todo saldría un tanto confuso y deslavazado, tanto al menos como lo viví en algunos momentos.

En realidad, pensaba, a nadie tiene por qué importarle un comino mi camino en solitario por esas sierras perdidas, sin grandes aventuras ni divertidas anécdotas. Entonces, ¿qué había que contar? Bueno, pues simplemente ese deambular de días; la rutina de los pasos tras los pasos; el cambio lento del paisaje, de la luz, del horizonte; la sed, el cansancio, el silencio. Algo podría contar, contarme.

Intentaría empezar por el principio, como es obvio, e iría siguiendo con lo que me diese la memoria, solo tenía que darle la estructura lineal de tiempo y espacio que el camino definía. Mi

propósito era intentar recordar fielmente, pero soy consciente de que lo que he escrito quizá no sea exactamente lo que pasó. Pero así es esto de escribir, una manera más de mentir. Supongo que es imposible hacer lo uno sin lo otro.

Acompáñame, si te apetece.

De Retamar a Bullas

24 de septiembre

Voy en el autobús 31 a las 7:00 de la mañana camino de Almería. Cuando coja el autobús para Murcia, tendré que rehacer los 15 km de vuelta hasta Retamar, por la misma ruta. No tengo otra opción, el autobús de Murcia no para en Retamar, así que 30 km y dos horas perdidas para salir desde donde estaba. El tiempo empieza a ser elástico, como mi paciencia.

Amanece cuando entro a echar un vistazo a la antigua estación, restaurada, a la que ahora no llega ninguno de los escasos trenes con destino Almería. Se quedan en Huércal. Todo está en obras, preparando la futura, siempre futura, llegada del AVE. Tengo que salir y dar la vuelta por fuera para entrar en los andenes provisionales de la estación de autobuses. Encuentro el mio para

Murcia, pero aún tengo que esperar un buen rato.

Voy en primera línea, mirando un paisaje que conozco perfectamente aunque, al no tener que conducir, puedo verlo con más detalle, como si ahora lo viese a cámara lenta. Me queda poco por descubrir. El chófer pone una emisora comercial, así que me encasqueto los cascos, más para no oírla que para poder escuchar algo de música clásica con claridad. Pienso en cómo me debería sentir ahora que por fin ha empezado lo que llevo semanas preparando, pero no lo tengo claro, así que me dedico a observar el paisaje. Níjar ya pasó, la Venta del Pobre, ya mismo, el barranco del Tesoro, Sierra Cabrera al fondo...

Ni una hora de viaje y ya me voy meando. En Vera pregunto al chófer si me da tiempo para ir al servicio, me dice que mejor en Huércal-Overa, está cerca, pero que de todos modos lo puedo hacer en el water interior. Es obvio que hace mucho que no viajo en autobús, en mis tiempos te meabas durante horas hasta que te reventaba

la vejiga y te bajabas al llegar a destino apretando las rodillas.

La última hora la paso medio adormilado hasta Murcia. Es ya mediodía y el autobús para Bullas debería salir en cinco minutos pero tengo que esperar otra media hora. Cuando vamos a subir, el chófer dice que tiene que limpiarlo y se marcha. Los viajeros nos mantenemos en la fila durante un rato, imaginando el motivo, quizá alguien ha vomitado. Bueno, mejor limpiarlo, sí. El tiempo sigue siendo elástico, no estoy impaciente, solo aburrido en el ambiente escuálido de la estación, que tanto utilicé en los tres años que viví en Murcia. Aunque hace mucho tiempo de eso y no me apetece recordar demasiado. Todo se queda en impresiones.

Nos vamos parando en los pueblos del camino: Los Baños de Mula, La Puebla de Mula, Mula, El Niño de Mula... Mula da mucho de sí en cuanto a paradas. Cuando llego a Bullas son casi las dos. Más de seis horas para hacer 200 km. Voy entrando en la lentitud, debería elogiarla,

pero ahora solo me apetece una cerveza, comer algo y una siesta. Mi hermana María, que me espera a mesa puesta, no me defrauda. Soy agradecido y me como las lentejas que ha preparado. Siempre me han gustado.

Mientras lo hago, me doy cuenta de lo difícil que me resulta explicar a mi hermana y a mis sobrinos el camino que voy a hacer, y más aún justificarlo. Quizá porque no lo tengo muy claro. De todos modos, les cuento lo esencial. Voy a hacer el Camino de San Juan de la Cruz. 2024 es Año Jubilar en Caravaca de la Cruz. Los Carmelitas Descalzos publicaron hace unos años una web con las etapas del camino que, se supone, hizo en varias ocasiones Juan de Yepes desde Beas de Segura para fundar un convento. Les comento que me interesa sobre todo por su obra literaria, el *Cántico espiritual*, obra excepcional de la literatura místico-erótica y tal y cual, pero no acaba de colar.

En casa saben que soy anticlerical, ateo declarado e incluso apóstata certificado y que,

por tanto, no me considero ni católico ni cristiano. ¿Entonces, qué hago en el camino de un santo? Bueno, voy a cruzar muchas montañas, voy a ir de Bullas a Caravaca y de ahí a Beas de Segura, unos 200 km, solo y en la mayor autonomía posible durante una semana larga, y cuando acabe me marcharé a casa desde Beas. Un camino de este a oeste. ¿Por qué? Porque sí, porque me apetece y puedo hacerlo.

Ya no me hacen muchas más preguntas, acostumbrados como están, imagino, a mis extravagancias. Solo ten cuidado y avisa si te ocurre algo. Cómo no. Aprovecho para contratar como posible rescatador, en caso de tener problemas, a mi sobrino Tomás. No me fío mucho de mis intuiciones, pero tengo la certeza de que no lo voy a necesitar.

Después de una siesta de lectura, ya a la tarde, voy con mi hermana a ver los desperfectos de la casa de nuestra madre, ahora deshabitada. Desde que murió, hace ya más de dos años, no había vuelto a entrar. No me apetece mucho, pero mi

hermana se encarga de todo y le debo al menos un poco de atención. En el dormitorio del fondo, al lado de la que fue mi habitación, el mirador de hierro está oxidado y se cae a pedazos. Desde ahí contemplaba yo, adolescente, los atardeceres en las montañas hacia las que me dirigiré mañana. El horizonte hacia el oeste es el mismo, el mismo sol y las mismas nubes incendiadas, pero la decrepitud de las cosas y las casas es mayor.

Tengo ganas de volver a irme, de salir caminando despacio de un pasado demasiado lejano. Mañana mismo.

De Bullas a Caravaca

25 de septiembre

Olvido los bastones, me doy cuenta bajando la cuesta para salir del pueblo, y tengo que volver desde la Puerta Ginesa a casa de mi hermana. Elijo otras calles, no sea que quien me vea cargado con la mochila de un lado para otro piense que me he vuelto majareta. O quizá para no darle la oportunidad de reconocermé.

Poco más de las nueve y empieza ya a hacer calor. He hecho bien en ponerme pantalón corto y camiseta. Unas pocas nubes prometen algo de sombra, pero no me hago ilusiones y me embadurno de crema solar mientras voy bajando de nuevo la cuesta. Mi cuerpo nota la mochila como algo extraño y camino sin acabar de coger el ritmo de mis pasos, pero sé que pronto me acostumbraré y olvidaré que la llevo a cuestas.

Cuando llego al desvío, la circunvalación del pueblo que ahora es la autovía Murcia-Caravaca, busco alguna indicación para la Vía Verde del Noroeste, pero solo encuentro la carretera de El Chaparral. Cojo un camino de servicio paralelo a la autovía que me deja al cabo de unos cientos de metros literalmente en la mierda. Empezamos bien, he ido a parar a un colector de aguas fecales que bordeo rápidamente, con la nariz arrugada, para coger, esta vez sí, la carretera que había evitado. Pronto encuentro el inicio de la Vía Verde que sigue el antiguo trazado ferroviario Murcia-Caravaca. La línea estuvo operativa entre 1933 y 1971. Recuerdo la estación de mi pueblo, que ya no existe, y también los asientos de madera del tren en el que alguna vez bajé a Murcia, muy niño. Qué viejo es uno. Qué viejuno.

Echo a andar, intentando evitar el asfalto bastante roto, buscando la tierra a los lados de la vía. Me voy cruzando con gente paseando o en bicicleta. La Vía Verde está muy frecuentada para ser un miércoles, aunque no veo ningún mochi-

lero ni peregrino, solo jubilados a paso rápido en la ruta del colesterol o ciclistas que me adelantan veloces. Nos saludamos al pasar, siempre, todos. En el pueblo ni nos habríamos mirado. El camino nos cambia.

La Vía Verde es aburrida al principio, hasta El Carrascalejo, a unos pocos km, donde empieza a verdear más. Paso por el Barranco de la Regidora, que ya visité hace años y que ahora salto. Lleva hasta el Cristo del Carrascalejo y merece la pena recorrerlo, pero tengo demasiado camino por delante para el primer día, y algunas dudas sobre mis capacidades. Son unos catorce kilos de mochila, con ropa, agua, comida, saco de dormir, tienda y esterilla. Llevo la casa auestas, tengo que ser autónomo pues no sé dónde podré dormir ni comer. Por lo pronto, hoy en Caravaca me alojaré en la Hospedería del Carmen, el convento que en el siglo XVI fundó el mismo Juan de Yepes, San Juan de la Cruz. No podía dejar de pasar la noche en un lugar tan simbólico. Ni tampoco montar la tienda en la ciudad.

He decidido que “Camino de San Juan de la Cruz” es muy largo y huele a un poco a incienso. Para mí, lo voy a llamar “Camino del Cántico”, sin espiritual, que es más corto; y porque me acerca más a lo que me interesa: la obra literaria, no tanto la persona, ya personaje, ni el santo. De momento esto es la Vía Verde y, en rigor, aún no estoy en el Camino del Cántico. Va haciendo calor y, aunque el desnivel de la vía es suave, empiezo a notarlo, ya voy sudando. El primer día siempre es el más duro, pero cuando van pasando los días, el presente siempre es el más duro por algún motivo.

Encuentro el árbol del amor (*Cercis siliquastrum*), que me había comentado mi hermana, pero por eliminación, solo porque no conocía las hojas. También se le conoce como ciclamor, algarrobo loco —me encanta— o árbol de Judas, porque se dice que se colgó de uno, haciendo que sus flores blancas se volvieran rojas, aunque es más probable que sea una derivación corrupta de árbol de Judea. De estos que veo no se habría

podido colgar, pues son más bien arbustos. Pero árboles para colgarse habría encontrado, sobre todo pinos de repoblación. De los omnipresentes almendros y olivos también le habría resultado difícil. El algarrobo loco es de los pocos árboles diferentes que veré hoy. Hago una foto para mi hermana, para que vea que le hago caso.

En un puente antes de llegar a Cehegín me paro a la sombra de un gran pino. Cómo no, aparece un ciclista a lo lejos. Pasa a mi lado cuando me estoy subiendo la bragueta y lo reconozco, aunque él a mí no. ¡Ruso! le grito, no porque me parezca ruso sino porque es Paco el Ruso, hermano de mi cuñado Tomás, *ibuonanima!* Le dio un ictus hace unos años pero ha recuperado las fuerzas y también bastante el habla. Ha ido a Caravaca y está volviendo a Bullas. Cuando le cuento que quiero llegar hasta Beas de Segura me mira y me dice te has jubilado. Obvio, si no, cómo podría estar aquí a finales de septiembre. Me desea buen camino y se lo agradezco, me va a hacer falta que me den ánimos.

La vega del Quípar en Cehegín no me pareció nada del otro mundo los cuatro años que la estuve contemplando y atravesando a diario mientras estudiaba bachillerato en el Instituto Vega del Argos. Tampoco me lo parece ahora, ni me trae grandes recuerdos. Ni pequeños. Los espanto como moscas molestas. No he venido a recordar. Solo pienso en que ahora ya no hay sombra y es casi la una.

Bebo la poca agua que me queda. He cargado solo una cantimplora de menos de un litro, pensando en reponerla de camino, pero no he encontrado dónde. Así que ahora tendré que esperar a llegar a Cehegín. Hay que atravesar un feo polígono industrial y lo hago deprisa, cruzo la carretera en la que tantas veces hice autostop para volver a casa —eran otros tiempos— y sigo el camino de lo que fue la vía del tren que, como tal, tiene una estación, ahora afortunadamente reconvertida en restaurante. Tiene una gran terraza a la sombra y me digo que bien me merezco una cerveza y comer algo, antes de seguir para

Caravaca. Y si me da sueño, pues me echo una siesta donde pille, alguna sombra habrá. Eso espero.

Entro sudoroso a la estación/bar, suelto la mochila y los bastones y me voy directo al baño a lavarme un poco. Ya más fresco, pido al camarero la cerveza más fría que tenga y se me hace la boca arena mientras me llena una jarra congelada.

—¿Eres argentino?

El camarero no tiene un gran oído, me temo, pero sí acento, rumano probablemente.

—No, soy de Bullas, pero llevo mucho tiempo fuera. Ya ni se me nota, por lo que veo.

—¿Algo de comer?

Me ofrece un menú del día y me ventilo una ensaladilla, una ensalada y una *insalatona*, digo una dorada a la plancha y un flan de café. Con mi cervezota. Me quedo hecho un bendito —¿aquí y así empieza mi conversión?— pero tengo que seguir. Al pagar, comento mi pereza con el camarero.

—Es que ya no tienes treinta años, ni cuarenta.

Menos mal que ha parado ahí. No pensaba que se me notara tanto la edad, por lo menos en comparación con los ciclistas electrificados que han ido llenando la terraza de la antigua estación, más viejos y barrigudos, al menos eso me parecen, enmorcillados en esos *maillots* y *culottes* de colorines. Tampoco le he dicho que me acabo de jubilar, no pienso hacerlo en todo el camino, la coartada será unas vacaciones en temporada baja o un año sabático, si me apuran. ¿Profesión, si me preguntan? Improvisaré, aunque esquilador de ovejas o butanero no creo que cuele. Ya veré, llegado el momento.

Sí, cuesta arrancar de nuevo —ahora que se me había secado el sudor— y volver a colocarme debajo de la mochila. Hace más calor aún y empiezo a buscar un lugar donde tumbarme pero voy recorriendo las afueras cehegineras y no encuentro nada, ni sombra. A la altura de la Peña Rubia, ya saliendo del pueblo, hay un pequeño

jardín con bancos y vistas al barrio del Puntarrón, la gran vista de Cehegín. Me descuelgo el petate con la excusa de anudarme mejor las botas y me quedo un rato a la sombra, contemplando la fina estampa medieval. No estoy muy cómodo pero al menos la digestión va pasando.

Vuelvo a caminar con el principio de una molestia en un dedo del pie derecho. Como si se me clavara una uña. Tengo miedo de estropearme los pies nada más empezar a caminar y andar sufriendo todo el camino. Aunque me fio de las botas, arrastro una uña negra desde el verano. Una patada a un pedrusco. No necesito que se convierta en un calvario, esto no es una penitencia, ni una promesa, ni una peregrinación. ¿Entonces? Por el momento, sólo es caminar.

Llego a un túnel, se está fresco pero nada más entrar se encienden unas luces de neón. Le quitan el encanto, aunque no la frescura. Poco más adelante hay un gran puente por donde la vía cruza el río Argos. Al fondo a la izquierda ya aparece Caravaca, hacía el otro lado, Cehegín

se va haciendo pequeño. Quedan todavía unos km pero la hora de la siesta me los está haciendo pesados. Hay escasa sombra, un pino de vez en cuando que alivia poco. Me sorprende que a estas horas haya gente andando y corriendo. Están locos, me digo. Eso pensarán ellos de mí, viendo mi mochila.

Encuentro un banco de madera en lo que ya es la larga avenida de plátanos que llega hasta Caravaca. He decidido buscar el cortaúñas en el botiquín, ya está bien de soportar la creciente molestia en el dedo del pie. Aunque me dé pereza buscarlo en el fondo de la mochila, si llega a hacerme herida, lo lamentaré durante días. Me recorto esa uña y repaso bien las demás. Volver a caminar es un alivio, en lo que al pie respecta, porque por lo demás, nada ha cambiado, ni el peso de la mochila ni el calor. Bueno, sí, ahora el paisaje se va haciendo urbano y me voy encontrando casas con sus huertos, chalets y, poco a poco, naves industriales, bares, concesionarios de coches. El túnel de los plátanos y su sombra

son para los coches, los caminantes vamos por la Vía Verde que ahora es solo asfalto y sol. Me arden la mejilla y la oreja izquierdas. Como voy de este a oeste, el sol me dará casi siempre en el lado izquierdo, seré el caminante *dimezzato*, al menos en lo que se refiere al bronceado.

Llego a la Hospedería del Carmen por fin. Son las cuatro y media y, para ser el primer día de camino, jornada inaugural, día de calentamiento o como quiera llamarlo, ya está bien. Han sido unos veintidós km y terreno fácil, sin gran desnivel, pero con mucho calor. Bien, aquí estoy. Me merezco una ducha y un descanso. Luego ya veré.

Ya tumbado, me embadurno los pies con crema de CBD y árnica, efecto frío, la habitación huele a vestuario de gimnasio. Así no hay quien rece, pero me quedo un buen rato adormilado al fresco de la celda, digo de la habitación.

Al despertar, llamo a la chica de recepción para preguntar por la visita guiada del convento que se anuncia en la web, pero me dice que

me sirva yo mismo, que la puedo hacer yo solo, pero sin entrar en la zona de clausura. Ni se me ocurre, solo nombrarla me da claustrofobia. Con andares de cowboy y mi mejor falsa cara de cristiano fiel me dedico a deambular por el claustro, el coro, las capillas y los jardines. Hasta en la cubierta del tejado me meto, pero no descubro nada interesante, aparte de una Santa Teresa sentada en un escritorio en un rincón del atrio, con expresión de arrobo. Un tanto kitsch, me digo, más digna de un museo de cera.

Un poco decepcionado, y sin muchas ganas, salgo a pasear por Caravaca y acabo, cómo no, en el Castillo de la Vera Cruz. Están cerrando, así que doy un paseo alrededor de la muralla admirando las vistas de la ciudad pero sobre todo porque me estoy meando. No sé si es un sacrilegio, pero dejo mi marca en un rincón de la muralla y me voy a deambular por el llamado barrio medieval. Cuatro calles arriba y abajo y ya estoy en la Gran Vía, así que me voy haciendo a la idea

de una cerveza y algo de cenar, aunque sea pronto, que mañana hay que seguir.

Pero no hay manera, cafeterías, pastelerías, heladerías, un chino, dos kebabs y un bar tan cutre que hasta a mí me quita el apetito. Doy vueltas por Caravaca sin encontrar nada que me convenza hasta que al final, en un sitio llamado Coffee no se qué consigo un plato de magras con tomate y un tercio. Algo es algo y para lo que me queda en el convento... Me doy por cenado, ya es de noche y no tengo ganas de nada más.

En la oscuridad de mi celda intento meditar pero me quedo dormido hasta las siete de la mañana, hora en que, milagrosamente, se ilumina parpadeando el teléfono, en silencio, menos mal. Imagino que es la moderna llamada a matines. Lo que me decía mi madre: nene, levántate que ya es hora. Y allá que voy, siguiendo la llamada divina.

Como no sé cuándo volveré a comer así de bien, desayuno con glotonería en la hospedería, acompañado de un monje en sandalias

muy metido en su papel de jefe de protocolo de la máquina del café. No me da la bendición al marcharme pero al menos me desea buen viaje al agradecerle yo la acogida (cincuenta y siete euros con el desayuno).

¡Ay! ¡Qué cara es la vida del peregrino!

De Caravaca al Arroyo Andragulla

26 de septiembre

Saludando a Juan de Yepes, o a su estatua con el manto revoleado, dejo Caravaca a la luz del amanecer, paseando con mi mochila por la Corredera entre bandadas de estudiantes. Me pierdo un poco antes de encontrar la calle que me ha de sacar de la ciudad. Sé que tengo que ir hacia el oeste, hacia las montañas pero no me quiero liar entre callejas. Enseguida, empiezo a subir entre los chalets más o menos pretenciosos de la urbanización Buena Vista mientras veo cómo el valle se va haciendo pequeño. Entro pronto entre árboles por un camino empedrado que se empina sin miramientos. Ahí voy, con mi pesada joroba, con la casa auestas. A partir de aquí entro en territorio desconocido. *Hic sunt dracones.*

Sé de dónde salgo pero no a dónde voy a llegar. Si consiguiera hacer la etapa hasta El Sabi-

nar, a 40 km, lo haría tan derrotado que tendría que abandonar al día siguiente, así que me dosificaré y pararé donde me parezca, según mis fuerzas y la belleza del lugar. Y la suerte, claro. Me parece un buen criterio, algo incierto pero que me tranquiliza y consuela. Es un simple ya se verá.

Caravaca va quedando abajo y yo me voy elevando lentamente por el camino pedregoso hasta llegar a una curva de asfalto. Tengo la opción de seguir por camino o por senda, según un letrero de madera. El camino es puro asfalto, así que no hay duda. La estrecha senda caracolea por la ladera del pinar, que tampoco es muy denso. Son poco más de las nueve pero el sol pega ya de lo lindo y agradezco cada respiro de sombra que me dan los pinos, no demasiado altos. Huele a resina y a romero, a madera seca y a sudor. El mio, claro. He estado esperando que llegara el otoño pero creo que me he precipitado, pero ahora ya no hay nada que hacer más que seguir. Supongo que, al coger altura, la temperatura disminuirá.

Aunque si no se nubla, y no lo parece, el sol seguirá tostándome.

Acaba la cuesta de la Peña del Gato, que así se llama la loma que he bordeado, y vuelvo al asfalto que dejé hace un rato en el Collado del Castillo. Saco el mapa y compruebo que la senda era un atajo monte a través. Voy viendo también los nombres de lo que me rodea. Ahora me espera la subida hasta el Collado de la Cruz por pista, en realidad una carretera recién asfaltada. Espero que mis rodillas y la piel de mis pies resista la embestida. Hoy ya no he vuelto a sentir la uña y, por el momento, no hay mayores molestias.

Antes de seguir, bebo agua y me pregunto si en La Alberquilla tendrá agua la fuente que el mapa indica. He decidido llevar solo un litro en una cantimplora, la otra vacía para tramos largos y pernoctas. No puedo excederme con el peso, es un obsesión, y eso me obliga a andar pendiente del agua, otra obsesión. En fin, tengo un buen rato de esta carretera que primero baja hacia un barranco —de las Carboneras, dice el mapa—

para luego remontar en fuerte pendiente. En el asfalto han ido pintando, cada pocos cientos de metros, la plantilla del Año Jubilar de Caravaca.

Oigo pasos y al volverme, veo a un tipo que viene hacia mí, raudo y veloz. Porque no lleva mochila, claro. Me adelanta cuesta arriba como si tal cosa. Por lo menos saluda. No creo que vaya muy lejos, como yo, así que se puede permitir ese trote. Yo, ni yendo de vacío, aparte de que lo mio es la lentitud. Por vocación, me digo, y disimulo silbando un poco.

Al subir debería encontrar la fuente de La Alberquilla, así que cuando veo una alberca a unos cien metros a mi derecha, dejo la mochila y los bastones a pie del asfalto y me voy hacia allá para hidratarme y rellenar la cantimplora. La alberca está vallada, pero consigo rodearla, agarrándome a la alambrada, para acercarme al chorrillo de agua. Está muy bajo, así que me tengo que tumbar en el borde de cemento para llegar hasta él con la cantimplora, aún a riesgo de caerme y embarrarme en el cieno del fondo, pero no, todo sale

bien y vuelvo al camino, satisfecho. De repente me sobrevuela el estruendo de un helicóptero con un depósito de agua, ¿dónde la habrá cogido? Se dirige al norte, supongo que irá a apagar algún incendio, espero que lejos.

Unas cuantas curvas y repechos después, llego a la auténtica fuente de La Alberquilla. Hay una casa y un retén de forestales. Una cómoda y fresca fuente pasa por una acequia y va a llenar una balsa. Me he precipitado en la alberca de abajo, pero mejor ser precavido. Vuelvo a beber agua, ya con poca gana, y me acerco a la casa. Hay un tipo rondando por ahí, ocioso. Le pregunto por la calidad del agua, por preguntar algo. No es muy dicharachero, ellos la beben y punto. Le pregunto si sabe cuando podré volver a encontrar agua en el camino, si hay fuentes o algún lugar para beber en los próximos km. O no me entiende o, lo más probable, no tiene ni idea, porque sale por peteneras. En fin, lo saludo y lleno la segunda cantimplora, no fiándome de dónde podré encontrar agua. Sigo cuesta arriba,

ya un poco hartos, que llevo ya dos horas subiendo, aunque por lo menos se ha acabado el asfalto y piso tierra de nuevo.

En el Collado de la Cruz acaba la mayor subida del día. Vuelvo a tener la opción de senda o camino. No dudo en elegir la primera, sobre todo porque promete más sombra. Es un alivio parcial porque enseguida vuelvo a la pista. Pero estoy en pleno bosque, entre cerros, y voy bajando tranquilamente, contemplando hacia el sur las morras de la Gallina y del Perdigonazo. No sé quién le pondría los nombres a todos estos cerros ni quién sería el vicario que señala mi mapa pero su casa no está en el mejor de los estados. Entro en ella, pisando una puerta destrozada, para fisgonear y descansar un poco. Muebles rotos y restos de revistas y periódicos viejos por el suelo pero no veo ningún libro, tampoco nada que me dé una alguna pista de quién ni cuándo pudo vivir aquí.

Sigo mi camino por el pinar hasta cruzar la rambla de Béjar, para enlazar con una ancha pis-

ta que deberé seguir durante un par de horas, al menos. El monte se aleja y el altiplano es un continuo de campos de espliego o de lavanda, que para mí son lo mismo. Imagino lo hermosos que tienen que ser en plena floración, pero ahora aparecen mustios y resecos, con matas leñosas y descoloridas. La mayor parte está sin labrar así que me entran dudas de si seguirán cultivándose o estarán abandonados. El sol pega y se mete un fuerte y molesto viento de poniente que me va frenando. Los arboles a la orilla del camino son cada vez más escasos y los hitos que sigo son cortijos abandonados, casas derruidas, sendas que no llevan a ninguna parte. Tras el cortijo del Pajarero de Arriba —¿dónde andará el Pajarero de Abajo? Me lo he perdido— sigo ahora la rambla de Las Buitreras.

Llevo caminando ya un par de horas largas, a sabiendas de que este altiplano me esperaba y que no iba a ser muy entretenido. Dejo fluir los pensamientos y me vienen a los labios viejas letras de canciones que algún día aprendí, cuan-

do mi memoria daba para eso. Tarareo un poco, pero no canto, porque ni me da el aliento ni me gusta oír como desentono. *La soledad sonora, la música callada*, que dice el *Cántico*. Y me acuerdo de algunas estrofas, versos sueltos, que voy musitando, imaginando que quizá San Juan de la Cruz también lo hacía por estos parajes. Para no aburrirse.

La pista se convierte en asfalto cuando ya diviso cuatro casas que deben ser La Pava, donde debería haber un bar. Por lo menos eso pone en una pared, ya medio borrada la pintura, pero está cerrado. Qué desilusión, no me hubiera importado tomar una cerveza y comer algo. Ya va siendo hora, que llevo mucho andado, pero tendré que seguir buscando al menos una sombra para parar a descansar.

A unos cientos de metros, volviendo al camino, veo a un tipo vareando un almendro, a estas horas. Me meto en el bancal y me acerco a preguntarle lo obvio, tonto de mí.

—El bar está cerrado.

—Sí, está cerrado.

—¡Ah! ¿Y dónde podría coger agua por aquí?

—Ahí abajo, delante de la casa, hay una pila y un grifo.

—Vale, gracias. Adiós.

Supongo que este ejemplo de laconismo está más motivado por la desidia y por el tedio que por el cansancio de responder a caminantes que preguntan por el bar, si es que alguna vez pasa alguien por aquí. El caso es que lleno mis vacías cantimploras y enfilo hacia la Ermita de San Pedro, esperando que haya una buena y fresca sombra, pero tengo que volver sobre mis pasos y dar un rodeo para llegar hasta allí. Me lío por esos caminos medio desdibujados que serpentean indecisos. En la Casa de los Frailes una mujer me mira como lo que soy, un marciano, a esas horas por esos rastrojos. Me indica con el dedo que siga campo a través hasta la casucha en obras que es la ermita, donde dos albañiles comen y sestan en el reducido soportal. No es el caso de pararme así que sigo, ahora ya incómodo, mi camino, pensan-

do que hoy ni comeré ni me echaré la siesta. Para colmo me toca un rato de asfalto —maldita la gana— hasta que me desvió hacia la Casa de las Eras. Las tres de la tarde y sin comer, así que en un pinar a la vera del camino, con vistas al cortijo de Carrasca Hueca, me cambio la camiseta mojada y me tumbo por fin a comerme mis nueces y mi barrita energética, que es lo que toca ahora porque no hay más. Consigo dormir una media hora, clavándome piedras, jumás y espinas, que no me alteran el descanso, tan derrengado voy.

Son ya más de las cuatro de la tarde cuando emergo de la siestecilla. Me pongo un límite de un par de horas más de caminata para encontrar agua y un lugar dónde montar la tienda. Sigo caminando y canturreando entre pinos y encinas, un poco confuso entre sendas que se bifurcan. Pero con la carretera al fondo es imposible perderse. Esperando que el río Alhárabe —o eso creía yo, pero mi mapa lo indica como el arroyo de Andragulla, afluente de aquel— lleve, se llame como se llame, un poco de agua. Y por suerte así

es, aunque tendré que filtrarla y/o hervirla, pues no corre muy fluida y no me apetece pillarme un *cagotto* nada más empezar. Me alejo del lecho del río huyendo de los mosquitos y consigo montar la tienda en un claro del bosque.

Ceno temprano, un mejunje preparado con lentejas, soja, verduras asadas y no sé qué más que el calor de mi infiernillo hace comestible. Con una manzana y una infusión me voy feliz a estrenar la colchoneta autohinchable que me regalaron por mi cumpleaños, esperando que no sea también autodesinflable, como la que he usado en los últimos tiempos.

En un ebook llevo, entre otros libros, la descripción del camino y también el *Cantico espiritual*. Lo releo con placer, después de tantos años. Me sigue pareciendo sublime, pero mucho más aquí y ahora.

Dejo abierta la entrada de la tienda para mirar las estrellas pero me da tiempo a contar solo unas pocas antes de quedarme dormido.

Del Arroyo Andragulla al Embalse del Taibilla

27 de septiembre

Abro los ojos y ya hay luz. Fuera la belleza del amanecer me da los buenos días. Solo por esto merecía la pena la caminata. A tientas, busco el teléfono para la foto de rigor. La comparto con Maryluz y los cuatro amigos de mi grupo de montaña. Decido que una foto de la primera hora de la mañana será mi rutina diaria —la única— para dar señales de vida. Después, el teléfono apagado.

No hace nada de frío, pese a los 1200 m a los que estoy. Preparo un té y un cuenco de muesli para desayunar. En un santiamén —hay que ver qué religiosas se me están volviendo las palabras— recojo y armo la mochila y subo del barranco del Arroyo Andragulla a la carretera que va al Campo de San Juan. La dejo enseguida pa-

ra, esta vez sí, bajar hasta el Río Alhárabe por un frondoso bosque. Da gusto seguir caminando esta hermosa y agradable mañana. Salgo de la espesura a los sembrados antes de llegar a La Risca, cuatro casas entre las que me paro en una especie de fuente cutre con un grifo que no se puede abrir. Será porque tantos caminantes bebiendo pueden secar el pozo. Menos mal que me queda agua para seguir. Cuando me estoy yendo aparece una señora hablando en inglés por el móvil. Le cuesta trajinar con la manivela del grifo que saca del bolsillo, pero consigue abrirlo así que bebo y relleno la cantimplora mientras sigue con su conversación.

—Thank you!

—De nada.

Lo que me espera ahora no es muy atractivo, porque lo leí anoche en la guía y porque lo ven mis ojos. Tengo que atravesar el Campo de San Juan —Bautista, explica la guía, no De la Cruz, aunque qué más da—, hasta El Sabinar, una larga y ancha llanura rodeada de montañas a lo

lejos. Campos de cereal y lavanda, cortijos abandonados y alguna chopera a la orilla del río. En mi mapa aparece un Embalse de La Risca, pero donde debería estar yo no veo ni gota de agua, ni un charco. A la altura de la Casa del Prado cruzo de nuevo el río Alhárabe pero lo dejo al norte, ya no lo volveré a ver, aunque camine en paralelo. Se suceden campos y más campos pelados en un continuo sube y baja. Se atisba al fondo El Sabinar, pero no llego nunca, son diez largos y monótonos km en los que solo me acompaña una enorme nube lenticular que parece no moverse del sitio en toda la mañana —tan aburrida como yo— aunque el ventarrón de poniente la peine a ella y me frene a mí.

Llego a El Sabinar, una aldea de poco más de 300 habitantes, sin mucho interés. Pasaré de largo, pero no sin antes reponer provisiones, que tengo la nevera vacía. Compró queso, salchichón y un par de manzanas en un super. Esta noche podré cenar como los pastores. Solo tardo una media hora, la carnicera se toma con calma —¡Ah,

el tiempo lento!— la tarea de descuartizar un par de pollos, esto para la plancha, esto para guisar, ahora le quito este pellejito... para una señora de ceño fruncido. No se fiará del corte, imagino. En el super no tienen pan, pero la panadería está ahí al lado, me dice la carnicera y le pide a la cajera que me acompañe. La muchacha sale a la calle conmigo y me indica los veinte metros que me separan de la panadería. Imposible perderme. El panadero es un argentino que me recomienda el mejor bar del pueblo. Hay dos, pero a uno no va nunca. Le haré caso. Luego descubriré que el pan que me ha vendido es estupendo, me durará tres días y se lo agradeceré.

Es ya más de la una, así que vuelvo sobre mis pasos hasta el bar Los Rosales con claras intenciones. El tipo de la barra no es particularmente locuaz, pero me prepara un plato de patatas con pimientos, bacalao frito, croquetas y aceitunas que, regado con dos cervezas y un café, hace que me tambalee de satisfacción. También lo hago por el peso de la mochila que casi no cabe por

la puerta al salir. Apenas me la cuelgo y ya tengo que volver a dejarla en el suelo para llenar las cantimploras en la fuente del pueblo. Es lo más pesado de todo, izarla y descolgarla, aunque una vez puesta la verdad es que me olvido de ella. Casi siempre, que tampoco hay que exagerar. De todos modos, hemos cogido peso los dos, con la comida y el agua.

Como El Sabinar tiene poco más que ofrecerme —he visto un hostel y la mañana ha sido intensa, pero no son horas de aburrirme ni he venido a sestar—, y aunque ya sean las tres de la tarde, sigo mi camino dispuesto a andar algunas horas más hasta encontrar un lugar idílico y con agua para montar el campamento. Y lo encontraré, pero cuatro horas más tarde y ya agotado, tras una jornada de treinta km. Pero no corramos.

Esta parte del camino da nombre al pueblo, los almendros van dando paso a las sabinas y a los queiigos, y el pinar se va espesando con romeros, jaras, lentiscos y majuelos, así que a poco de salir de El Sabinar, en cuanto se adensa la sombra, de-

cido que procede una breve y reparadora siesta. Aquí en invierno hace un frío que pela —estamos a 1200 m— y en verano te asas, pero ahora mismo, tumbado a la sombra cónica de una sabina, se está tan bien. Así que aprovecho para mirar como pasan las nubes durante una media hora.

En el Rincón del Sastre, cuatro casas y la mitad derruidas, empieza la subida de la Sierra del Zacatín. Hay sombra pero sería más agradable si no hiciera tanto calor, así que voy sudando y resoplando por los largos tramos de la pista. Arriba ya, a unos 1500 m, llego al punto más alto de la jornada y ahora toca bajar por la solana. Pero la tarde ya va refrescando y las vistas de las serranías alrededor hacen que el camino sea placentero, aunque los pies ya vayan pidiendo descanso. Aún les queda, pero no lo saben.

En una curva de la pista en herradura se atisba el Embalse del Taibilla. Me quedan unos km hasta llegar a él, menos mal que no sé cuantos, pues no tengo claro donde parar. Por mí, lo haría ya. Si hubiera una fuente y un llano, soltaría la

mochila y acamparía, pero no, hoy la suerte está aún lejos. Queda aún una larga pista que serpentea descendiendo hacia el valle. He salido de Murcia y estoy ahora en el rincón más meridional de la provincia de Albacete.

Tras una bajada que se me hace interminable, alcanzo la carretera que va a Nerpio, sin tráfico alguno porque está en obras. Me debería desviar para seguirla en paralelo, entre el río y el asfalto, pero cuando intento coger el camino unos lugareños me disuaden. No he visto la familia que coge almendras hasta que el perro ha empezado a ladrarme. Según el abuelo, el camino que baja hasta el río no lleva a ningún lado. Le digo que sigo una ruta y que, por si acaso, llevo también un gps, pero no sé si tiene idea de qué es eso. La hija, tumbada en unas jarapas a la escasa sombra de un almendro, con un bebé en los brazos, insiste para que siga la carretera hasta el pueblo. Según el padre, solo tardaría una hora en hacer los diez kms que me quedan hasta Nerpio. Sospecho que no anda mucho, el hombre.

No tengo ninguna gana de seguir por el asfalto, a estas alturas de la tarde, ni de llegar al pueblo a las diez de la noche hecho unos zorros, pero tampoco me apetece discutir así que decido seguir un rato por la carretera, ya buscaré el camino más adelante, en cuanto vea la oportunidad. Voy sin agua y con sed, quién me lo iba a decir, con el embalse que da agua a toda Murcia allá abajo a la vista. La joven madre me dice que siguiendo la carretera, en Turrilla —a saber qué es, ¿un pueblo? No me consta—, me darán agua.

Sigo aún un buen rato andando por el arcén izquierdo, no para evitar los coches que no hay, sino buscando la sombra. En Turrilla de marras se anuncia el mirador del Taibilla, hay un mapa estelar y un merendero pero nadie en la casa y ni un maldito grifo. A estas alturas estoy seco y más cansado que nunca, llevo unos 30 km hoy, y no de los más divertidos, y eso de tener tanta agua potable delante y no poder beber me está empezando a resultar un tanto paradójico. Cruzo por fin el puente del Arroyo Blanco y decido

que la chopera del extremo sur del embalse, aunque cerca de la carretera, va a ser un lugar estupendo para pernoctar. Eso si no está embarrada. Y no, el limo de la orilla ya solo es un polvo fino. Por una vez, agradezco que no haya llovido hace tiempo. Así que, entre chopos, sauces y tarays, consigo por fin parar, deshacerme de la mochila y soltar un joder, qué alpargatazo.

Tengo que potabilizar el agua del embalse, aunque sea solo por las decenas de patos que me amenizan la tarde, así que aún tengo que esperar media hora para beber. Es hermosa la tarde y me gustaría sentarme a ver cómo va atardeciendo, pero como queda poca luz voy montando tienda, esterilla y saco. Por fin bebo, casi un litro de un trago, y pongo más agua a hervir para preparar una sopa. Me tengo que hidratar que estoy seco como un bacalao.

Solo pasa algún coche de vez en cuando, no sé si porque la carretera está en obras o porque no hay ningún sitio a donde ir a estas horas. De todos modos, no me van a molestar, oculto como

estoy entre los árboles. Ceno y me acuesto temprano, sin mucho más que hacer, que ya es de noche. Esta vez cierro el doble techo porque no hay mucho que ver con el cielo cubierto y porque la humedad del embalse se nota ya. Estoy cansado, pero al parecer no tengo ampollas, no me duele nada especialmente, aparte de dolerme un poco todo. Hoy ha ido bien y al final hasta he tenido la suerte de encontrar un sitio magnífico para pernoctar.

Es aún de noche cuando me despierto, no tengo ni idea de qué hora puede ser. Me estoy meando y, entumecido, intento salir de la tienda y ponerme las botas. Me doy cuenta de que todo está mojado. Me sorprende, pues no he oído llover, pero caigo en la cuenta de que estoy al lado del agua. Afuera, enciendo la frontal en la espesa niebla y me alejo unos metros. Cuando vuelvo a la tienda, estoy ya húmedo. Lo peor es que la parte baja del saco de plumas también se ha mojado al estar en contacto con la tela de la tienda. No

me queda otra que acurrucarme e intentar volver a dormir, soñando quizá con mi futuro reuma.

El amanecer es precioso. Por un momento me olvido del frío —y lo empapado que está todo— para contemplar la neblina que cubre la superficie del embalse, donde se reflejan las montañas por las que ayer descendí. Los patos duermen quietos en el agua.

La foto que hará saber que sigo adelante va a ser muy motivadora hoy. Después, teléfono ya apagado, preparo té y muesli para calentarme, hidratarme, alimentarme, que hay que seguir camino de Nerpio, en cuanto el sol alcance esta orilla y pueda secar todo el equipo.

Del Embalse del Taibilla a Pedro Andrés

28 de septiembre

Son ya las 10 cuando me pongo en marcha. He esperado que el sol secase la tienda pero el saco de plumas seguía aún húmedo cuando lo he guardado. La orilla del embalse no es el mejor sitio para secar nada, así que ya lo pondré al sol esta tarde, que tengo la intención de montar pronto la tienda y no hacer tanto camino como ayer. Qué necesidad, no tengo prisa ninguna.

He tomado solo un té mientras esperaba al sol. Tenía queso, salchichón y pan, pero como me quedan solo 7 km hasta Nerpio, he decidido pegarme un buen almuerzo en algún bar del pueblo, que hay que variar el menú y no me apetece volver a comer lo mismo de la cena, si puedo evitarlo.

Cuando echo a andar, el sol ya vuelve a calentarme los huesos, sobre todo los del lado izquier-

do, que sigo yendo siempre hacia el oeste. Y esta mañana se agradece. Voy llaneando por la ribera del Taibilla, pronto los juncos dan paso a los nogales que me acompañarán durante toda la jornada. Nerpio es famoso por sus nueces, aunque no sé si cataré las de la temporada, pues me parecen aún bastante verdes.

Me ladra un perro en una huerta, está redondo, su dueño me cuenta que solo tiene un año, pero que es glotón. Me acuerdo un momento de mi perro y se lo comento al joven. Sí, se les coge cariño a los animales. Sigo adelante por la vega que ya empieza a estrecharse y voy pasando de un lado a otro del río hasta que toca cruzarlo por un puente grande. Una señora a la que no le dará el sol hoy, embozada como va con trapos varios y con un sombrero que nos daría sombra a los dos, me indica que la senda que va pegada al río me llevará directamente al cañón del Zarzalar y de ahí a Nerpio. Aprovecha de paso para hacerme la publicidad de su casa rural, justo ahí arriba. Llevo la casa a cuestas, señora, le explico —aun-

que no le digo que últimamente tiene humedades— y voy lejos, hasta Beas, pero gracias.

La senda se va estrechando entre nogales, pero enseguida el río se encajona entre altos calares y el camino se hace entretenido, tengo que subir y bajar, cruzar el río por troncos y precarios puentes, hay también pasos con cables de acero y maromas. En fin, que avanzo despacio y con hambre creciente, saludando a los cada vez más numerosos paseantes que vienen en dirección contraria, pues han salido de Nerpio para hacer la ruta, al parecer famosa. Y yo sin saberlo. Soy el único cargado de mochila grande, y me miran un tanto extrañados, como si pensarán adónde va este tío. Tras unas cuantas vueltas y revueltas, saltos y cruces del río entre las paredes calizas, atisbo ya que se empieza a abrir. Hay algunos escaladores trepando por las altas paredes, ya casi a la salida del cañón, antes de enfilear la primera calle del pueblo.

Son las doce pasadas y el hambre empieza a ser algo más que una simple sensación. Por lo

menos he caminado a la sombra y el frescor del agua ha hecho que el camino fuera agradable. Empieza bien el día, con un sendero muy entretenido, no como las estepas peladas de ayer. Pero ahora la prioridad es comer algo, que estoy desconsolado, como se dice en Almería. El pueblo está lleno de anuncios de casas rurales y alquileres. Se nota que es turístico, además, por la gente con la que me cruzo, que no voy a describir porque se pintan ellos solos. Llego a una plaza y un mercado e hipotizo un bar pero al preguntarle a un paisano, me indica uno que está cerrado. De qué me sirve. Luego me indica otro a las afueras del pueblo, al cruzar el puente y allí que enfilo sin pensarlo mucho, que no estoy para tonterías.

Un buen plato de albóndigas, unos chorizillos a la sidra y dos cervezas después, me siento lo suficientemente reconfortado como para pensar en colgarme la mochila y seguir mi camino. Además, el bar se va llenando y el bullicio no es algo que me agrade, menos en estos días. Tras pa-

gar unos pocos euros, dudo si repetir la jugada, pero no, no es el momento. Vámonos, vámonos.

Estoy reorganizando un poco la mochila, a la sombra de un nogal —cómo no— al lado del puente cuando un coche se para a mi lado y una voz me dice ¿estás ya aquí? Sorprendido, me vuelvo pero tardo unos segundos en reconocer a la señora del turismo rural, irreconocible ahora ya desembozada. Le agradezco su interés y me desea, muy amable, buen camino. Por un momento me dan ganas de quedarme en su casa y echarme una siesta, ya seguiré mañana, pero no, va a ser que no, quiero seguir hasta la tarde la ruta de los nogales centenarios, que coincide con la mía. Luego ya se verá.

Hace calor de nuevo, más aún en el asfalto de la carretera A-46, que va a Santiago de la Espada, mi siguiente destino. Pero yo iré cruzando la sierra y llegaré mañana, si todo va bien. De momento, mi intención es caminar unas pocas horas más e ir buscando un buen sitio para acampar, que hoy no quiero pegarme el tute de ayer, ya

vendrán jornadas más intensas. Dejo la carretera y cojo una empinada pista. Entre la digestión y el calor me da por desear tumbarme en algún lado, caprichoso que es uno. Pero no es el momento, entre cortijos y acequias el lugar adecuado. El repecho acaba en un mirador con buenas vistas donde echo una meadita en la escasa sombra y contemplo el barranco. Bajo por un sendero hasta el Plantón del Covacho, un cadáver de madera gigantesco al que le han hecho una especie de templete para protegerlo, aunque demasiado tarde, me temo. Hay mesas de picnic y un panel informativo: un área recreativa alrededor del árbol muerto. No apetece quedarse, la carretera está muy cerca y, aunque escasos a esta hora, llega intenso el ruido de los coches.

Vuelvo a acompañar al Taibilla —que había dejado al entrar en Nerpio—, entre alta maleza y árboles de ribera, pero sobre todo nogales, que aquí es casi un monocultivo, una obsesión diría, a alguien le gustaban mucho las nueces. Y también es una zona fría y húmeda donde pocas otras co-

sas se pueden cultivar, imagino. Me pierdo entre hierbajos por un momento. Despistado, no he cruzado el río por donde debía y me arañan las piernas desnudas entre zarzas y espinos. Desandando lo andado y encuentro el paso en el río enseguida. Voy pasando junto a cortijos y viejos molinos pegados al río hasta que encuentro una explanada de hierba entre chopos y nogales, un sitio perfecto para echar una cabezada y secarme un poco el sudor. Me cambio la camiseta mojada y la cuelgo al sol. Al arrullo de las hojas de los chopos, papel y seda, me quedo medio dormido una media hora que se me hace corta, pero me estoy enfriando. La diferencia térmica entre el sol y la sombra es alta, así que me caliento de la única manera posible, mochila, camino y sol. Sigo durante una hora el camino junto al río.

Va cayendo la tarde y creciendo su magia. El otoño acaba de empezar y solo unas pocas hojas amarillean pero el sol bajo ilumina las copas del bosque de ribera. Sauces, fresnos, saúcos y alisos, junto a chopos y nogales, esperan su momento

para desplegar su esplendor otoñal. El río es cada vez más un riachuelo que voy saltando aquí y allá.

Aparece un hotel rural en mitad del bosque. Parece cerrado, pero el sitio es hermoso, sería un buen retiro para un escritor. Sigo hasta el Molino del Cojo, y me voy acercando de nuevo a la carretera. Frente a mí, un cerro con un Exín Castillos de mi infancia en lo alto. Son las ruinas del Castillo de Taibona, según mi mapa. En la guía aparece como el Castillo de Taibilla.

Cruzo la carretera y paso el Barranco de los Sacristanes por la ladera, ahora pelada, del cerro y llego a La Tercia, cuatro casas desparramadas. Podría subir hasta el castillo, se llame como se llame, pero no me apetece ver el enorme torreón reconstruido sobre lo que queda de las murallas árabes, así que sigo el camino que me hace volver a la carretera. He dado un tonto rodeo, pero al menos me he quitado un poco de asfalto. La ruta de los nogales centenarios se aleja hacia el suroeste, siguiendo el Taibilla, del que me separo

después de ir todo el día a su vera. Me dirijo a Pedro Andrés por la carretera, subiendo la cuesta al oeste, el sol de frente.

Pregunto por la fuente a dos ancianos que pasean lentos a la entrada del pueblo. Me indican la única calle posible, claro. Son ya las cinco y me gustaría dejar de andar por hoy. Cogeré agua y buscaré algún lugar a la salida del pueblo para la pernocta. Pero me espera una sorpresa. En lo alto de una pared veo escrito, medio borroso —o será mi vista— Hostal Taibilla. No hay nadie fuera en la terraza, ni alrededor, así que no me hago ilusiones, estará cerrado, pienso mientras empujo la puerta y, ¡magia!, se abre. Dentro, hay cuatro personas a la mesa, imagino que cocineros y camareros, comiendo a esta hora. Pregunto por una habitación y un camarero deja la mesa y se acerca a la barra para darme una llave, treinta euros con desayuno, que pago en el momento.

La habitación es pequeña, justo la cama, una estantería, una percha y el espacio para pasar. Llevo la tienda y el saco de dormir mojados pero

aquí no puedo tenderlos a secar. Esperemos que mañana haga sol, tendré que parar temprano, de momento no hay nada más que hacer. Por lo menos voy a dormir seco, también cómodo, aunque la cama gime con mi peso al sentarme para quitarme las botas.

Lavo unos calcetines y una camiseta, al menos les quito la tierra y el sudor, los cuelgo en la percha al lado de la ventana, que dejo abierta. Me asomo a la vacía y silenciosa calle del pueblo. No creo que haya mucha jarana esta noche. Me ducho y me tumbo un rato esperando la hora de bajar a cenar. Me doy cuenta de que tengo hambre mientras me voy adormilando.

Me despierto con los pies helados, lo que no viene mal para la hinchazón. Me echo una manta por encima y no me estorba. Compruebo en el mapa dónde estoy y lo que me queda. Mañana llegaré a Santiago de la Espada, veintitantos kilómetros creo, cruzando la sierra. Hoy me he acercado algo, dejando Nerpio atrás, pero maña-

na va ser un día intenso. Como todos, por lo demás.

A las ocho y media estoy sentando en una mesa, yo solito, de espaldas a la inevitable televisión, menos mal que el volumen es tan bajo que se queda en un murmullo. No tengo ganas de saber nada del mundo, solo de comer. Van entrando un par de matrimonios mayores (imás que yo, ja!), pero el local está tranquilo, aunque es sábado, creo, ¿o es domingo? El camarero me da la carta, me he traído las gafas pero no me van a hacer falta. Me recomienda el menú del día, por veinte euros puedo elegir cosas contundentes como atascaburras, migas o ciervo pero me decido por ensalada, verduras a la plancha y cordero a la brasa. Solo con la media docena de chuletas con patatas asadas y pimientos habríamos cenado dos. Pero no me amedrento. A la hora de la tarta de queso y el orujo mi cintura ha crecido tanto como mi satisfacción, solo me falta eructar a lo japonés. Menos mal que pedí lo más ligero que había.

Debería darme un paseo para activar la digestión pero al asomarme a la calle hace un frío que pela. Subo a por el plumas y cierro la ventana, que no se me enfríe más la habitación. El pueblo es pequeño, doscientas almas me ha dicho el camarero, y muchas casas parecen deshabitadas. Me cruzo solo con un perro meditabundo que ni me mira. Al final de la calle se oye música en una casa, ya fuera del pueblo, pero me doy la vuelta, prefiero el silencio de la calle de arriba, subiendo la cuesta. Alguien está dando de comer al burro en un bancal, medio a oscuras. En diez minutos, por decir algo, estoy de nuevo en el hostel. El frío por lo menos me ha despejado un poco. Me tapo hasta el cuello con la manta. No sé cómo duermo porque no me entero hasta la mañana, y menos mal que pongo la alarma temprano. Si no, no me despierta ni dios.

De Pedro Andrés al Río Zumeta

29 de septiembre

No son las ocho y media y ya estoy saliendo de Pedro Andrés por la carretera asfaltada. Vuelvo a encontrarme con mi inseparable Taibilla y sus nogales. Huertos cuidados y cortijos se suceden en la fresca, luminosa mañana. El desayuno ha ido en consonancia con la cena, tostada de tomate con una tortilla, zumo de naranja, café con leche y un trozo de bizcocho. Tengo energía para rato, y falta me va a hacer. Ayer el día fue entretenido, pero no demasiado duro. Hoy en cambio, la jornada promete más distancia y desniveles varios.

Me queda un poco de salchichón, queso y algún sobre de sopa, pero como pasaré por Santiago de la Espada, imagino que algo podré conseguir allí. De momento, me puedo olvidar del

avituallamiento, que Pedro Andrés me ha hecho engordar. Bueno, gordo ya venía yo.

Veo algo que se mueve en una rama. Una ardilla corretea arriba y abajo, supongo que está comiendo nueces, aquí tiene para atiborrarse. No se asusta mucho, me mira al pasar a su lado, curiosa.

Dejo el asfalto y, siguiendo el río, rodeo una aldea, Cortijo Nuevo, en lo alto de unas peñas. Vuelvo a cruzar la carretera y por un camino me voy alejando de los huertos y los corrales de ganado. El río se va haciendo cada vez más riachuelo y el valle se va angostando entre paredes, ahora ya casi un desfiladero. Camino entre chopos y nogales por el estrecho sendero.

La camarera esta mañana me ha hablado de una curiosa aldea, Las Quinterías, pero no me imaginaba las casas empotradas en la alta pared, cuevas con apariencia de casas, breves fachadas pegadas a la roca que las chimeneas han ennegrecido. Dejo la mochila y fisgoneo un rato entrando en las ruinas, una negra sartén agujereada, una

trilla rota, un zapato acartonado, viejos restos de una vida olvidada. Quién sabe cuando se marchó el último habitante de este rincón perdido, quién sabe qué vidas, nada fáciles, se vivieron aquí.

Poco más adelante el valle se abre y pronto encaro la subida de una pista que me lleva otra vez hacia el oeste. Me adentro en un pinar, se acabaron los nogales y los arboles de ribera, el Taibilla se ha dividido en barrancos y arroyos y ahora ya sí me despido de él. Ha sido una estupenda compañía durante un par de días. Al coger altura empiezo a sudar, así que paro y me vuelvo a poner los pantalones cortos y la camiseta fresca. Ya estoy listo para la quema.

Alcanzo de nuevo la carretera y me temo lo peor, pero la dejo enseguida, un sendero la sigue en paralelo por la parte baja de la ladera, barranqueando, durante algunos km. Por lo menos no es asfalto. Algo de sombra se va cogiendo entre los pinos, pero hace calor y me doy cuenta de que no tengo demasiada agua, estaría bien rellenar las cantimploras en los Cortijos del Pozo, que atis-

bo a lo lejos. Mientras me acerco, voy abriendo y cerrando puertas, con sus pestillos y todo, con una sensación de absurdo. No se ve cabra ni vaca alguna por aquí, pero imagino que si alguien le puso puertas al campo sus motivos tendría.

Bueno, cabras hay cuatro en el cortijo, pero son asustadizas y salen pitando cuando pregunto si hay alguien. Nadie, todo cerrado, y no hay ningún pozo a la vista, ni fuente ni grifo ni botijo, solo cagadas de cabra y un viejo corral entre las casas medio hundidas. Tendré que hacer el resto del camino —y no es poco— con el escaso medio litro de agua que me queda, así que paciencia. Lo peor es que tengo que subir hasta el Rincón de las Picas y arriba no va a haber ni sombra, así que tendré que racionar el agua, es decir, no beber y ya está.

Voy subiendo por una larga pista, a veces entre pinos que van raleando, abriendo y cerrando más puertas. Las vistas del valle al suroeste son hermosas y la brisa alivia un poco el calor del mediodía. Me olvido de la sed y sigo caminando, sin

pensar mucho, por la Sierra de Huebras durante un par de horas, o eso se me antoja, hasta que alcanzo el Rincón de las Picas, a unos 1600 metros. Ya no subiré más alto hoy, desde aquí solo queda una larga bajada hacia el norte. Pero visto que entro de nuevo en un pinar decido que es hora de comer algo, aprovechando la sombra, y de beberme el agua que me queda, ese medio litro que no he tocado y que ahora me va a saber a gloria. Aunque baje luego sin agua, me espera todo un río, el Zumeta, para beber hasta empancinarme.

Así que me pongo una camiseta seca y voy mordisqueando, despacio, la comida del pastor: un poco de pan y queso, los que compre en El Sabinar y que aún me duran. Aparece también una manzana, así que la comida de hoy es todo un festín. Sin hacer comparaciones con Pedro Andrés, claro. Es la hora de la siesta y no voy a perdonar. La mochila me hace de respaldo y almohada, me pongo cómodo hasta que dejo de sentir las jumas en la espalda y me dedico a contemplar las nubes

y a escuchar el viento hasta que me quedo medio dormido.

Me despierta una mosca cojonera, cómo no, que se me mete en la nariz. No sé cuanto tiempo ha pasado, pero me he quedado en la gloria, bendita claro, con el descanso. Aún queda incluso un sorbo de agua. Recojo los calcetines y la camiseta que había colgado al sol y están ya secos y tiesos y me cargo la mochila sin mucho pesar. Oteo el horizonte al que me dirijo; hacia el oeste la Sierra de Segura, por la que me adentraré, dejando al sur La Guillimona y La Sagra. Pero ahora toca bajar la larga y empinada pendiente de la Cuesta del Pimporro, más de 3 km de pedregoso camino de herradura.

Me voy parando en los peñascales, contemplando el cañón por el que se va encajando el río Zumeta y el valle que tendré que remontar hasta Santiago de la Espada. Sigue haciendo calor, más al perder altura. El sendero es largo, empinado y resbaladizo. Aunque tiene algún hito, en algún momento me despisto y acabo medio enriscado.

Veo el sendero que zigzaguea unos metros por debajo. Con paciencia, me voy dejando caer, frenando en los matorros, hasta que lo cojo de nuevo. Me ocurre lo mismo al llegar al río, donde me enredo entre juncos y zarzales hasta que consigo salir y, volviendo sobre mis pasos, llegar a un claro donde poder cruzar.

Me siento a la sombra, con la cantimplora llena, a regodearme en el sonido del agua que corre y a remojar me los pies hinchados. No tengo prisa, quedan aún un par de horas de luz y el pueblo está más o menos cerca, ya por anchos caminos entre huertos y olivares.

Un par de paisanos me informa de que antes había allí una represa. La han demolido y ahora están construyendo un puente, del que solo hay todavía un par de pilares de hormigón. Pero es fácil cruzar por las rocas. También me preguntan, curiosos, quién, por qué y cómo y esas cosas. Me comentan que el único hotel del pueblo está cerrado por vacaciones. No me preocupa mucho, ayer dormí y comí bien así que buscaré algún si-

tio para acampar. Me sugieren la explanada que hay frente a la gasolinera, desde donde se contempla todo el valle del Zumeta. La conozco, una noche dormimos allí en la Tartu, en la furgu, pero preferiría alejarme del pueblo. Ya veré cuando llegue. De momento me quedo un rato más a solas a la vera del río, gozándome el frescor y la paz. Me doy cuenta de que se me ha roto un bastón, la punta quebrada. Es una faena, caminando con la mochila pesada resultan útiles. Lo reservaré para los momentos más duros. Lo guardo en la mochila y sigo con uno. Se me hace raro, pero algo es algo. Ya me acostumbraré.

Llego al pueblo sudando, que los 3 km eran cuesta arriba y más largos que en el mapa. Me siento un rato en la terraza de un bar a tomar una cerveza y a que se me pase el sofoco de la cuesta. Es domingo por la tarde, está todo cerrado y solo algunas niñas pasean comiendo pipas. Vida de pueblo.

Ya más descansado, decido dejar el pueblo y seguir un rato más el camino. Es pronto para

comer algo en algún bar. Pero oscurecerá en un rato, así que tengo que moverme para encontrar un sitio donde acampar mientras haya luz. Vuelvo al río Zumeta, que es también ahora mi camino, y voy bajando el cerrado barranco hasta el Molino de la Tejera. La terraza de chopos al lado del molino es perfecta para acampar. Con el río al lado, tengo agua para beber, para lavarme y para una sopa y un té. De paso acabaré con el salchichón y el queso. Mañana en Pontones compraré provisiones, ya no me queda más que un poco de muesli para el desayuno y algo de pan, muy poco, el mismo que compré en El Sabinar y que tan bien aguanta.

Se me ha echado la noche encima aquí en el barranco. Tengo que montar el campamento a la luz de la frontal. Lo que no recordaba es que la tienda sigue mojada y, aún peor, el saco de dormir también. El doble techo se seca enseguida y consigo montar la tienda y la esterilla en un plisplás. Dejo el saco abierto a ver si se va secando mientras me preparo la sopa y ceno, aunque

no me hago ilusiones. La parte de los pies sigue húmeda cuando me acuesto. Mañana tengo que buscar la manera de poner el saco al sol. Me coloco unos calcetines de lana y paso la noche con las piernas encogidas, en postura fetal, lo que no me impide dormir como un bendito.

Del río Zumeta al Puntal de la Peña

30 de septiembre

El sol dora las copas de los chopos cuando asomo la cabeza por la tienda. No hay humedad ambiente ni hace nada de frío. ¡Bien! El doble techo está seco, podré desmontar la tienda sin tener que esperar. La etapa de hoy debería ser corta hasta Pontones, unos 15 km, pero como espero llegar pronto, seguiré camino de Hornos hasta que las piernas aguanten. Ya veremos.

Me lavo en el río y preparo la mochila tras un té y el escaso muesli que queda. Ahora voy sin comida, pero recuerdo que en Pontones había varios bares y alguna tienda. Bueno, ya llegaré.

Enfilo el sendero pero a los pocos metros tengo que parar, he salido con demasiada ropa. Hace ya calor y eso que no son ni las nueve. Hoy he llenado las dos cantimploras aunque a una

se le ha roto el tapón, la llevo en el bolsillo exterior de la mochila, espero que no me moje todo. Hoy no quiero pasar tanta sed como ayer, así que cargo con más agua. Seguro que encuentro más fuentes, hoy que no las necesito.

El camino serpentea por la margen izquierda del barranco del ahora Arroyo Zumeta, balizado con postes pirograbados con el logo del Camino de San Juan de la Cruz. A partir de ahora me acompañarán en bastantes tramos hasta Beas de Segura. También hay algunas cintas de plástico atadas a las ramas de los árboles. Las había visto antes, colocadas por cazadores para señalar las batidas. Ahora también las cuelgan para los recorridos de las carreras de montaña. Ya las podían quitar al acabar la actividad, o ponerlas de papel. Pero les da igual, me temo. Más plástico al monte.

Sigo el estrecho barranco durante un buen rato hasta que el arroyo va desapareciendo. Me encuentro ya en la cabecera, entre cabras de largos cuernos. Imagino que habrá algún pastor —o al

menos un perro— cuidándolas, pero no he visto ninguno estos días. Al parecer estas cabras se autogestionan. Me miran impávidas en posturas de acróbata en las laderas del barranco y responden a mis buenos días, chicas, con unos balidos de saludo. Simpáticas.

Desaparece el barranco, los pinos y los chopos. Ahora el camino serpentea subiendo pelados campos de labranza. En lo alto del cerro que cruza una pista, a 1600 metros según el mapa, me paro a beber agua y a contemplar las vistas alrededor. Al suroeste, los calares de la Sierra del Almorchón se elevan imponentes, al noreste los calares de Marchena, que es a donde lleva la pista que cruzo para bajar al arroyo de Cañada Hermosa. Voy abriendo y cerrando puertas — qué manía— mientras diviso a lo lejos las figuras de los toros bravos de los que me advertía la guía. No hace falta que rodee por la chopera pero en cuanto puedo —no soy muy torero— salgo del cercado y, desde la carretera, saludo a los hermosos toros que me miran indiferentes. Dos

simpáticos caballos se acercan para que los salude y les acaricie la testuz.

Tengo que desviarme por la carretera de Poyotello, muy a mi pesar, pues va subiendo por el cerro a la solana. Pisando asfalto para más inri, con lo poco que me gusta. No hay arcén ni tráfico, solo la carretera que serpentea hacia arriba, entre pelados cerros vallados y algún que otro toro tumbado al sol. Esto se llama la Hoya del Toro y alcanza los 1640 m, la mayor altura de todo el camino, aunque no lo parezca.

Un buen rato después, toca bajar por un estrecho y desdibujado sendero, dejando el asfalto por fin. Sigo los postes de madera del camino hasta la Hoya del Cerezo para encarar el Cerro del Jabalí. A mi derecha discurre el río Segura, aunque no llego a verlo, encajonado como va, pero sí los árboles de ribera que una vez seguí hasta la Cueva del Agua y Poyotello, hace ya algunos años. Me paro a contemplar los picachos del horizonte hacia el noroeste, pero no consigo aclararme ni averiguar sus nombre en el mapa.

Pronto empiezo a bajar y a encontrarme cintas rojas de plástico cada pocos metros. Las voy arrancando, metiéndomelas en un bolsillo pero son tantas que no me caben, así que las voy anudando entre ellas, haciendo un collar. Imagino que la carrera ya se ha celebrado, pues tienen polvo y están un poco descoloridas, pero seguro que nadie va a venir a quitarlas. Y si tienen que correr, dudo mucho que nadie se confunda pues el sendero no tiene pérdida en la ladera del pinar: si te sales, te despeñas. No sé por qué han puesto una cada pocos metros, como si los corredores fueran gilipollas y se fuesen a perder, cuando es imposible. Aunque quién sabe. Me entretengo así, refunfuñando por la desconsideración hacia la montaña, mientras mi corona de plástico va creciendo hasta parecer un collar de bienvenida hawaiano.

El pueblo ya está ahí delante pero, como suele ocurrir, no acabo de llegar nunca, con el calor que hace y la sed de cerveza que me está entrando. Además, me gustaría llegar antes de

las dos para encontrar alguna tienda abierta y no tener que esperar hasta después de la siesta para comprar. Aprieto el paso y voy entrando en las calles del pueblo con mi corona roja en una mano, coronando el único bastón que sigue vivo. La dejo en la puerta del ayuntamiento de Pontones, junto con dos pilas gastadas que no sé dónde tirar. Igual entienden el mensaje, aunque lo dudo.

Pregunto a una señora si hay una tienda y allá que voy, esperando que siga abierta. Es un super un tanto mini, tiene un poco de todo y un poco de nada. El tendero no es un dechado de simpatía, pero consigo un sobre de plástico con algo de jamón y una estupenda cuña de queso de cabra. Eso sí, con el pan me la juega. Me da media barra más dura que los pies de cristo que tendré que tirar a la tarde, menos mal que me queda una punta del estupendo pan de El Sabinar. Me llevo también un pepino y un melocotón gigante, aunque le duela a la mochila, que esta noche hay que cenar.

Y ahora sí, justo enfrente hay una terraza, al otro lado de la carretera. Suelto la mochila en una silla y paso al baño a cambiarme la camiseta y a lavarme y refrescarme un poco. Feliz con mi cerveza, me zampo un plato de patatas, huevos fritos y pollo empanado que me sabe a gloria, tanto como la segunda cerveza y el café de remate. Y ahora ¿quién coge la mochila y echa a andar? Me voy detrás de la iglesia para echar una buena siesta a la sombra de un castaño, arrullado y refrescado por el agua de la fuente que brota especialmente para mí esta tarde.

Todo pasa, también el tiempo lento y hermoso del descanso y toca seguir el camino. Son ya más de las tres y, aunque sigue haciendo calor, tengo que pensar en hacer aún un par de horas y que me dé tiempo de poner el saco al sol un rato, que esta noche me gustaría dormir estirado. Así que la mochila se me sube a la espalda, ya la tengo enseñada, y tiro no sé ni para dónde mientras voy mirando el mapa. Un tipo al que le falta alguna patata para el kilo me pregunta para dónde

voy, a Pontón Alto, le digo, pues por la carretera no te pierdes, me sugiere. Ya, pero es que yo voy por el camino, entonces empieza a llamar a gritos a un señor que pasa por el otro lado de la plaza para que me acompañe. No hace falta, sugiero, pero me coge del brazo y me lleva hasta el otro tipo, barba y pequeña mochila, que parece no querer saber nada de mí y menos del otro. Al final acepta indicarme por dónde sale el camino, muy cerca la verdad y menos mal, porque yo no lo hubiera encontrado ni de coña, justo detrás del bar donde he comido, entre cajas de cerveza vacías y mesas apiladas.

Y ahí que voy subiendo por el sendero, no digo fresco pero sí al menos a la sombra del bosque de ribera del río Segura. Hasta que llego a un espeluznante Cristo metido en una urna de aluminio y cristal. Así no se les estropea.

Pontón Alto hace honor a su nombre. Cruzo el río y enfilo sus callejas empinadas, perdiéndome enseguida. Tengo que dar vueltas arriba y abajo, saludando a algunos pobladores muy pero

que muy longevos que me miran con la indiferencia de un saurio prehistórico. Al final consigo arrastrarme cuesta arriba por entre las callejas de polvo y piedra, salir por la ladera de un barranco y enfrentarme a lo que me espera: una loma pelada hasta la aldea de Casas de Carrasco. Al sol.

En un cruce de caminos, antes de enfilear la senda, viene a mi encuentro el tipo de barba y mochila de Pontón Bajo. Esta vez se para a hablar, curioso, para preguntarme a dónde voy. Él ha subido por la carretera pero ya se vuelve. Corto paseo, pienso. Me dice que quizá haya agua arriba en no sé que chopera y hablamos un poco de la lluvia, bueno, más bien de la falta de lluvia. El tema da para poco, así que nos despedimos y yo sigo mi cuesta-calvario hasta el lavadero —el lavaor— de las cuatro Casas de Carrasco. Algunas están restauradas y cerradas a cal y canto, turismo rural imagino, pero no veo a nadie por ningún lado. Me remojo y relleno cantimploras mientras unos perruchos me ladran a coro y me persiguen, teatrales. Los espanto con aspavien-

tos pero cuando veo acercarse a un mastín de los que ladran poco, pongo pies en polvorosa, nunca mejor dicho, pues la senda por la que subo es un seco pedregal, el camino de Montero, rodeado de cojines de monja, aquí mejor no sentarse.

Ni un árbol hasta llegar a la cuerda, algunos km más arriba, pero arriba el bosque se espesa con pinos, quejigos y hasta algún arce. Las vistas son espectaculares, mire a donde mire, con una terrazas de piedra que descienden hasta Arroyo Frío. El Embalse del Tranco azulea al fondo.

Dejo el camino y me acerco por el cordal hasta el Puntal de la Peña que, como su nombre indica, consiste en unos enormes peñascos que me cortan el paso y la vista. Vuelvo atrás hasta encontrar un mínimo terreno llano para montar la tienda mirando hacia el oeste, esperando que no sople viento que la haga volar y me despeñe. No hay mucho espacio en la cresta, pero no hay más opción pues el camino empieza a descender por la empinada ladera y hay sí que parece imposible acampar.

Pongo el saco al sol sobre una piedra ¡por fin! Espero que no salga volando, pero de momento no sopla brisa y quedan aún un par de horas de sol. Algo se secará. Monto la tienda y vuelvo a organizar la mochila pero en un rato he terminado. Me quedo sentado mirando el atardecer, sin nada más que hacer que ver el sol descender, pasar las nubes, seguir el vuelo de algún pájaro y quitarme alguna juma que me pincha el culo. Aprovecho para limpiarme un poco los pies hinchados y ponerme crema refrescante. Qué alivio, ahora sí que estoy bien, recostado en una piedra y comiéndome el estupendo queso y el melocotón que me vendió el tendero de Pontón Bajo. El pan se lo dejo a las cabras, a ver si ellas pueden hincarle el diente.

Va cayendo la noche pero, extrañamente, no hace frío, y eso que estoy a unos 1500 m. Empiezan a verse las estrellas. Al otro lado del ancho barranco se encienden, lejanas, las luces del cortijo del Artuñedo. Tendrán ganado, supongo.

Ya de noche, me meto en el saco con el temor de romper el suelo de la tienda o, lo que sería aún peor, pinchar la colchoneta autohinchable con los cojines de monja y los mancaperros sobre los que he tenido que acampar, a falta de mejor sitio. Y eso que he estado un rato quitando piedras y ramas, limpiando lo que he podido. Dejo el ábside abierto y me duermo contando las estrellas. No echo en falta ninguna.

Del Puntal de la Peña a Hornos

1 de octubre

He recogido el campamento a la luz de la frontal, adelantándome al amanecer. Me queda solo media barrita de chocolate para el desayuno. Como no tengo ganas de montar el hornillo solo para un té, me apaño con un buen trago de agua. En pocos minutos, tengo todo preparado para volver al camino. De buena mañana pues, y con buen ánimo, me despido del magnífico lugar que me acogió ayer y enfilo la larga bajada del Camino de Montero, zigzagueando por el bosque de pinos, encinas y quejigos. El fresco de la noche me hace agradable el caminar mientras contemplo los estupendos roquedales hacia el este, por donde está empezando a clarear. Me siento bien, no me duele nada —todavía— y el entorno es de

una belleza especial, *de flores y esmeraldas, en las frescas mañanas escogidas.*

Sigo bajando, pasando por varios collados, hasta que atisbo, hacia el norte, luces entre los árboles. Es la Cortijada de Montalvo, una pequeña aldea perdida entre los bosques. Debe de ser un lugar tranquilo, sin duda, ideal para perderse.

En un collado dejo al este la pista que va hacia el pueblo y sigo mi rumbo oeste, de nuevo en zigzag, aunque ahora el camino se ensancha, se nota que han pasado hace poco las máquinas para acondicionarlo. Voy viendo cortijos y alguna pequeña aldea abandonada. Según la guía, se expulsó a más de 2000 personas de los alrededores del Tranco cuando se declaró coto nacional. Eran otros tiempos y venían a cazar los mandamases de turno. Desde luego, no hay nadie por estos pagos, o por lo menos yo no he visto ánima viva desde que salí de ayer de Pontones, y no me voy a cruzar con nadie hasta llegar a Hornos, dentro de varias horas. No es que eche de menos la compañía ni el paisanaje, pero en tan-

tos km como llevo, fuera de los pueblos no me he cruzado casi con nadie.

Sigo bajando y bajando, contemplando el Puntal de la Peña y la Piedra del Águila y el espeso bosque de las laderas de Arroyo Frío que baja hasta el Tranco. Se me hace ligero caminar esta mañana y pienso que ha merecido la pena el esfuerzo y haber llegado hasta aquí. Sin duda, estas horas de descenso al amanecer son las más hermosas de todo el camino y, quizá por ello, son de las que menos puedo hablar. A estas alturas y con todo lo andado, me siento feliz y contento. Me da pena abandonar la montaña pero pronto volveré a transitar por zonas de cultivo y encontraré gente, coches, asfalto, esas cosas que en estos días no he echado para nada de menos. ¿Tengo ya un poco de nostalgia antes de acabar? Bueno, sí, es posible, pero no me entristece. Soy afortunado por poder estar ahora aquí.

A media mañana me paro en el cruce del Arroyo Montero, a 700 m, —he bajado unos 800 m— me dispongo a acabar con mis últimas vitua-

llas, el queso de cabra, el sobre de plástico con jamón y un pepino. Sin pan come el lobo y sin pan como yo esta mañana, pero me quedo a gusto y bebo toda el agua que quiero pues aquí corre saltarina y ruidosa. Lleno cantimploras y arranco para arriba, que la guía dice que hay que subir, y sí, tan dura y larga es la subida que me va dejando sin aliento y cojeando. La rodilla derecha, la operada del menisco, la buena digamos, me da unos dolorosos pinchazos. La otra, la del menisco sin operar pero ya roto, aún no dice nada, pero es a la que temo. Llevo un bastón solo que voy cambiando de mano, pero acabo sacando el otro roto. En algo tengo que apoyarme para acabar de subir estos repechos. Por fin llego a un collado y el horizonte se va alejando. Me paro, respiro, suelto bastones y mochila, meo, bebo agua, vuelvo a respirar, uf, no me esperaba este sofoco. No sé que me ha pasado. Quizá después de tan largo descenso mi cuerpo no quiere ahora subir. Pero ¿quién manda aquí? ¡Vamos! Además, parece que ya estoy arriba.

Saliendo del bosque, el camino empieza a llanear, ondulado, con vistas a las montañas que tendré que cruzar mañana, pero ahora no es momento de pensar en ello. Enfilo hacia el norte, en paralelo al Tranco, entre olivos que a partir de ahora van a ser una constante, aunque aún quedan pinos, encinas y algún madroño. Al fondo, a lo lejos, se divisa ya Hornos, enriscado en las nubes.

Una hora más tarde estoy en La Platera, una pequeña aldea convertida al turismo rural. Tampoco hay nadie. Parezco el último habitante del planeta.

Desde ahí sigo perdiendo altura —que enseguida tendré que recuperar, con el calor que ya va haciendo— hasta un ramal del Tranco. Según el mapa, debería ver agua pero está todo seco a mi alrededor. El camino enlaza en una curva con la carretera asfaltada que lleva al pueblo. Empiezo a subir, aunque por suerte —es un decir— me desvió pronto por una senda que sube directa, evitando la carretera. Casi sin verlo ve-

nir, ya a pocos km de mi destino del día, tengo mi primer y único momento de derrota en todo el camino. El calor tremendo que hace, o que yo siento, los extraños y dolorosos pinchazos en la rodilla buena y la maldita cuesta que nunca acaba me hacen decidir abandonar en Hornos. Iré a Beas, sí, pero en autobús y luego para casa. Decidido. No, no me disuade la belleza del pueblo, enrocado en lo alto con su castillo y sus casas mirando al vacío. Ahora mismo, no doy para más, incluso la primera calle asfaltada me resulta dura de subir, así que cuando llego a la terraza del primer bar que veo, me derrumbo en una silla y me digo: hasta aquí hemos llegado.

Durante unos minutos me quedo atontado mirando y escuchando el chorro de agua de la fuente que ameniza la terraza, hasta que se acerca una camarera y le pido, con la voz seca, una cerveza. Me cambio la camiseta empapada y me lavo un poco en el baño —hay que bajar y subir escaleras, maldita sea— y cuando por fin me siento a beberme el tubo de cerveza, empiezo a

respirar y se me va pasando el agobio, aunque no ayude mucho el plato de callos que me han puesto de tapa. No es que no me gusten, que no me gustan, es que no es el momento, en absoluto.

Calle abajo veo el cartel del Restaurante Raisa, que anuncia también habitaciones. No voy a buscar más, ahí se quedan los callos —la cerveza me la he bebido de un tirón hace rato— y me cargo la cruz digo la mochila para cruzar la calle y bajar los cincuenta metros que me separan de una ducha. Como no haya habitaciones entraré en fase crítica. Pero sí, sí hay, ¡uf! Así que subo, tiro la mochila, me ducho, me cambio, bajo y me siento a la mesa del restaurante Raisa. ¿Raisa? ¿Será rusa la mujer del patrón? Da igual, ahora voy a celebrar que he hecho casi todo el camino. Después de todo, el reto era conmigo mismo, no quiero arriesgar la rodilla, qué vergüenza un rescate y blablablá... Intento justificar mi derrota con excusas. Buenas excusas, pero excusas. Luego pensaré en ello, me digo, que ahora tengo hambre.

Una ensalada gigante, un par de vasos de vino y una ración de cordero segureño después, soy otra persona. Bueno, mejor dicho, vuelvo a ser esa persona que era, si eso es posible.

Después de la siesta empiezo a dudar. ¿Sigo o no sigo hasta Beas? ¿Me arriesgo a quedarme cojo por ahí arriba o me dejo de miedos y chorradas y sigo adelante? Busco el horario de autobuses desde Hornos pero no encuentro nada en internet. Es extraño. Empiezo a sospechar que quizá la única manera de salir de aquí es a pie.

Me lo confirma la chica de la farmacia que he encontrado nada más salir del hostal. He entrado a comprar crema solar del lado izquierdo, así le digo al menos, y le explico que estoy más bronceado de un lado que de otro, yendo como voy de este a oeste. Hablamos un poco de caminos, de perros, de pueblos aislados sin autobús de línea y de rodilleras. Es la conversación más larga, apenas unos minutos, que he mantenido en una semana. Me reconforta tanto que le compro también una rodillera. No sé muy bien para qué, pues, al

ponérmela, me duele más la rodilla que sin ella. Me ha costado tres euros, no pierdo mucho. Como pesa muy poco, la echaré en la mochila, por si acaso. Como souvenir no es gran cosa.

Me doy un paseo por el pueblo, subiendo y bajando por sus callejas. Compró chocolate en una tienda, es lo único que se me antoja. En la plaza del ayuntamiento hay un mirador al que se accede por un arco. Las vistas al valle son espectaculares y el atardecer no defrauda. Qué pena no poder sentarme en la terraza del bar de al lado, cerrado, me habría encantado tomar algo al borde del precipicio.

Está oscureciendo y me canso de andar. El pueblo es pequeño y creo haberlo recorrido ya entero, quizá incluso dos veces. No queda nadie por la calle y el bar de los callos de esta mañana está cerrado. Tampoco es que tenga hambre, así que me voy a descansar que mañana debería madrugar para evitar el calor y llegar a Beas de buena hora. O al menos, llegar.

De Hornos a Beas de Segura

2 de octubre

Estoy por fin en las Cumbres de Beas, a casi 1300 m. En poco más de tres horas he bajado 400 y subido otros 800 m, un sube y baja que ahora se va a convertir en un deslizarse hacia abajo durante los próximos 15 km hasta Beas de Segura, a menos de 600 m. Ayer leí en la guía que la jornada iba a ser durilla por las fuertes pendientes, y no se equivocaba. Bueno, pero aquí estoy, apoyado en el tronco de un árbol contemplando el horizonte hacia el oeste y pensando que quizá sí pueda conseguirlo.

Un poco de queso resudado, ya el último rescoldo, y el chocolate que compré ayer es todo lo que me queda para comer. No es gran cosa, pero acabo con todo. Tengo bastante agua, que es lo que ahora más necesito, después de la maña-

na de sudar que llevo. Si todo va bien, comeré en Beas, aunque llegue un poco tarde, que para eso he madrugado. A las 6:30 estaba fuera del hostel, un ojo en cada rodilla, buscando la salida de Hornos para encauzar el camino. Tras ir callejeando por las calles silenciosas y vacías, encuentro la puerta de la muralla. Es aún noche cerrada y tengo que encender la frontal para seguir el camino de cabras por el que voy tropezando y perdiéndome entre matorrales. Por aquí no ha pasado nadie hace tiempo, me digo, ¿dónde están los peregrinos? De vez en cuando aparece una baliza, lo que me hace pensar que no ando muy desatinado. Sigo bajando durante un buen rato, intentando no caerme con tanta piedra suelta por el sendero roto, hasta llegar a una pista que llanea hacia la carretera. Al pasar por un cortijo, ladra un perro, ladra enseguida el del vecino y, en unos segundos, todos los perros del valle montan un concierto desquiciado de aullidos y ladridos. Apago la frontal y sigo caminando. Qué

pensarán que ocurre, me pregunto, mientras me escabullo silencioso en la oscuridad.

Tras cruzar el Río de Hornos, dejo el asfalto para empezar a subir hacia el Cerro Molina pero en El Rabán —eso dice el mapa— me confundo entre tanto olivo y acabo perdiendo el sendero. Consigo salir del olivar por un hueco entre las zarzas sin arañarme mucho. Apago la frontal, ya clarea. Me vuelvo a mirar hacia atrás, al este. Las nubes por encima de Hornos están ardiendo.

El barranco por el que busco el camino desdibujado me lleva hasta un pinar. Toca ahora perder altura hasta una iglesia, entre las aldeas de Arroyo Morales y Guadabraz —imagino que es el mago local—, cuatro casas al pie de la sierra que se me presenta delante y que —me temo— tendré que subir. Por la cuesta de Cañada Morales, según la guía, aunque mi mapa lo señala como El Monigote. Me temo que el monigote, en este caso, voy a ser soy. Y ahí que voy, por una pendiente de cuidado, con mi bastón roto cambiando de mano cada poco y procurando no mi-

rar mucho hacia arriba, que no se me haga largo, ni hacia abajo, que no tiene sentido. Sudo y subo, subo y sudo por el terreno suelto, perdiendo por momentos el sendero pero sin perderme yo, pues no hay otra manera de salir del barranco más que por arriba.

Parecía imposible pero llego por fin a la Cuerda de Las Ramblillas. Aún me queda una última y más suave subida, esto no acaba nunca, pero ya estoy quitándome la mochila y sentándome a comer algo, como decía antes. Me felicito y congratulo por haberme decidido ayer a no abandonar el camino ¿Tenía otra opción? Pues claro. Supongo que incluso cuando pensaba ayer en largarme en autobús, sabía en el fondo que no lo haría. De todos modos, ahora ya no importa. Estoy aquí sentado, la espalda apoyada en este viejo pino gigantesco, mirando las nubes que me han acompañado desde el amanecer y que ahora comienzan a abrirse. Un sol tímido comienza a asomar. A esta altura no molesta, hace fresco aquí parado y estoy mojado por el sudor, pero

preferiría que luego volviese a esconderse. No creo que el cielo me haga mucho caso, que haga lo que le parezca, tanto si quiere broncearme como si quiere lloverme. Yo no tengo otra opción que echarme la mochila a la espalda y empezar a bajar por entre estos peñascos que me están esperando, antes de anquilosarme demasiado.

Y ahí que voy bajando, silbando tan feliz, por un bosque de pinos y encinas. El monte bajo es tan denso por momentos que me pierdo, *entremos más adentro en la espesura*, pero vuelvo a retomar la trocha trastabillando entre las piedras. Desciendo durante un buen rato por una pendiente que se va suavizando hasta llegar a una pista asfaltada. La dejo pronto, aliviado, pero en realidad se trata de un atajo que me ahorra un trecho de la pista que vuelvo a coger para no dejar ya. Y por asfalto, entre cortijos y olivos, bordeando el barranco del Arroyo de Fuentepinilla y luego el Río de Beas al que va a dar algunos km más abajo, me voy acercando despacio a Beas de Segura. Al final del camino.

No es que tenga ganas de acabar de andar, podría seguir días y días —con permiso de mis rodillas—. En cualquier caso, sí dejaría el asfalto y esta pista, casi carretera, por la que de vez en cuando pasa algún viejo todoterreno que me atufa con su humo negro de gasoil mal quemado. Los cortijos se suceden, cada vez más hay más, con nombres pretenciosos, piscinas y alguna balaustrada fuera de lugar. He dejado atrás la perspectiva de las montañas, de los barrancos, de los peñascos. Ahora me rodea el omnipresente olivo hasta el horizonte. El pueblo no se ve aún, pero ya se intuye, y sé que a la vuelta de una curva, de un recodo del camino, lo veré y que ya no tendré tanta prisa por llegar, que me sentiré un poco triste y muy alegre, o al revés, por haber conseguido hacer el Camino de San Juan de la Cruz. Mi Camino del Cántico.

Epílogo

Ese mismo día, en Beas, tomé varias cervezas en el bar Eduardo y me hospedé en el hotel Avenida.

Salí a dar una vuelta al atardecer y me compré una camiseta blanca.

Estuve un rato sentado en una iglesia, por invitación de una parroquiana, escuchando música new age —así me pareció— y tan tranquilo. Sin arrebatos místicos.

Llovió durante la noche pero no me enteré, durmiendo como estaba. Me hubiera gustado ver llover.

A la mañana siguiente inauguré —es un decir, pues estaba cerrada— la estación de autobuses de Beas y me marché a las 11:30, único pasajero, para Úbeda. Tarde ocho horas en llegar a casa, a

Retamar, con escalas en Úbeda, Jaén, Granada y Almería.

Mis rodillas no han vuelto a decir nada, pero yo aún sigo musitando, de vez en cuando, algún verso del *Cántico espiritual*.

Retamar, noviembre de 2024

POR ESOS MONTES



EDICIONES PERDIDAS